

## **Alocución con motivo de la designación de Profesor Emérito de la Universidad Nacional de Cuyo de Arturo Andrés Roig\***

*Prof. Dr. Nolberto A. Espinosa*

Le agradezco al Sr. Decano, Dr. Adolfo Omar Cueto su invitación para que yo pronuncie estas palabras en homenaje al amigo Arturo. Y quiero repetirle a Arturo, ahora públicamente, las gracias que le di hace poco en mi casa cuando me visitó y me enteré que él me ha había propuesto. Una prueba de amistad que me honra profundamente.

Cuando a fines del año pasado el Dr. Cueto me habló por teléfono invitándome, no dudé un instante en aceptar y le dije que contase conmigo. En ese momento casi ya sabía lo que iba a decir, pero presentía que la cosa no iba a ser para mí nada fácil.

Estas líneas las preparé en enero, para lo cual releí escritos de Roig y esa excelente monografía del austriaco Günther Mahr -que yo no hacía mucho había reseñado - que se titula *La filosofía como sierva de la emancipación. Una introducción al pensamiento de Arturo Andrés Roig*. La expresión "La filosofía como sierva de la emancipación" es de Roig. *Sierva (ancilla)* se le llamó a la filosofía en el Medio Evo, pero ahora en Roig no lo es -como entonces -de la teología, sino de la emancipación o liberación del hombre. No del hombre en abstracto, sino de los hombres singulares, con nombre y apellido, que han nacido en un meridiano determinado y han vivido y viven en un tiempo determinado y han tenido y tienen una historia determinada, etc. El hombre abstracto -por suerte para él -no es esclavo ni precisa ser liberado. De lo que se trata es la *emancipación de los hombres latinoamericanos*, de los americanos de *nuestra América* -como le gusta decir a Roig, repitiendo a José Martí.

Entre los latinoamericanos estamos nosotros -los argentinos. La filosofía de Roig está consagrada a pensar un solo tema: ¿cómo es posible para los latinoamericanos su emancipación, que es lo mismo que su realización como hombres y como tales hombres, es decir, su identidad? La respuesta de Roig

---

\* Palabras leídas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina, 8 de mayo de 2003.

a esta crucial pregunta reza: no hay realización posible de un individuo, como de un pueblo, si no media un acto primero, una decisión primera -que Roig llama el *a priori antropológico* -de *reconocimiento*, por parte de esos hombres, de su absoluta *valiosidad*. Ser absolutamente valioso es *ser fin en sí mismo y para sí mismo* y nunca poder ser rebajado a la condición de *medio* -como lo dijo Kant. Sólo lo que es absolutamente valioso es *digno*. No porque los latinoamericanos reconozcamos y afirmemos alguna vez nuestra dignidad humana, ya por ello habremos alcanzado nuestra emancipación. Pero -en el reconocimiento de su dignidad -está el punto de partida, el *motor* de la emancipación.

Suspendía la lectura de Roig, para ver a la noche por Internet cómo iban las negociaciones del Gobierno con el FMI. Desde hace un año, toda la atención del Gobierno está concentrada en conseguir del Fondo una moratoria en el pago de los intereses de la enorme deuda del país. Y durante ese tiempo nuestros acreedores no ahorraron calificativos para rebajarnos, para *basurearnos*. Aparentemente lo consiguieron, porque el Gobierno hizo oídos sordos de las mofas de los dueños del dinero y considera un triunfo y una muestra de habilidad política haber conseguido un respiro hasta el próximo invierno. Lograron rebajarnos porque ningún candidato a las elecciones de Presidente salió en defensa enérgica de la dignidad de los argentinos -preocupados como están por asumir el cargo de Primer Mandatario. Menos mal que tuve estas líneas listas en el verano y no las dejé para la semana que acaba de pasar, pues no hubiera tenido suficiente equilibrio psíquico como para escribir algo coherente, que de alguna manera escondiese el malestar interior. Los diarios del domingo de las elecciones anunciaban -en letra gruesa -la llegada, al fin, del esperado, gran acontecimiento; y en letra chica, como para que se lea y no se lea, que el lunes siguiente ya estarían en Buenos Aires gente del FMI para continuar las negociaciones con los candidatos más votados. También se hablaba de la idea del Fondo de instalar en Argentina una Oficina permanente, con lo que la política financiera argentina -que es lo mismo que decir la política económica -iba a estar en manos de tres personas: el Ministro de Economía, el Presidente del Banco Central y el Representante del Fondo Monetario.

Me pregunto, y deseo que los que estamos acá no escamoteemos la pregunta: ¿Cómo es posible que los argentinos no tengamos voluntad para reconocer nuestra dignidad como estos hombres que somos cada uno y como este pueblo al que pertenecemos? ¿Por qué nos hemos decidido a vivir esta existencia rastrera, acomodaticia, frívola, materialista -en el sentido más pedestre de la palabra?

Hace 30 años atrás un profesor de filosofía de esta Casa, llamado Arturo A. Roig, fue echado de su Cátedra y tuvo que abandonar el país yéndose a

otros países de Latinoamérica porque salió en defensa de los hombres de estas tierras. Otros fueron asesinados, como el querido amigo -también de la época de Roig -el Prof. Mauricio Amílcar López, a quien queremos también recordar y homenajear.

Por supuesto, si la defensa de la dignidad humana hubiese sido, de parte de Roig, meramente abstracta, académica, como lo hacemos normalmente en nuestras lecciones de ética, no habría perdido su cátedra. Nunca la defensa de la dignidad del hombre -desde los griegos -ha sido una verdadera, auténtica, efectiva defensa, sin que el que la defiende, ataque el *poder establecido*. Esto fue lo que hicieron Roig y Mauricio López y, por eso, lo que les ocurrió era previsible, estaba en la lógica de los hechos.

Pertenece a la cosa misma que es el reconocimiento de nuestra valiosidad como hombres, que el poder (que no es, por favor, el gobierno de turno, sino algo mucho más complejo y profundo) sea cuestionado, criticado. No hay emancipación de los pueblos sin crítica del poder establecido en cada momento de la historia. Esto lo sabía y lo sigue sabiendo el filósofo Roig. Como también lo sabe y lo supo, desde el comienzo de su carrera filosófica, que las derrotas de los defensores de la dignidad forman la otra cara -la cara dolorosa -de uno y el mismo movimiento emancipatorio.

Arturo volvió a Mendoza, después de 10 años de exilio, y esta Facultad reparó la injusticia cometida con él. No ha cesado de escribir y pronunciar conferencias aquí y fuera del país, siempre sobre el mismo tema. Hoy nos reunimos para homenajearlo por su nombramiento como Profesor Emérito. Reitero las preguntas anteriores, reuniéndolas en una sola y breve: ¿qué pasa que no oímos al filósofo Roig?

Se me ocurre que está faltando un acto de homenaje a Arturo Roig. Si es así, podríamos aprovechar el de hoy para cumplir ese homenaje. Como es de costumbre, en los actos de nombramiento de Profesor Emérito, el que hace la alocución tiene cuidado en ajustarse a lo que prescribe el Estatuto Universitario y, por ello, pone de relieve los méritos del Emérito: su larga trayectoria como docente e investigador, sus numerosas publicaciones, la trascendencia nacional e internacional de sus aportaciones, en este caso, en la filosofía. Sin todo esto no se podría justificar una designación como Profesor Emérito. Roig cuenta con cientos de publicaciones - entre libros y artículos - ha dado y da conferencias en muchas partes del mundo, dirige tesis doctorales, es conocido y reconocido como pensador en toda Latinoamérica, en España, en Francia, en Alemania, en Austria.

Yo no me voy a detener en un *racconto* pormenorizado de los méritos de Roig. Pienso que el mejor homenaje es aquél en el que el homenajeado oye

algo distinto a lo que él ya sabe. Roig -como el primero -sabe de sus méritos. Quiero referirme a lo que él no sabe y, si lo sabe, posiblemente no lo querrá reconocer, por modestia. Eso que él no sabe, lo sabemos nosotros -los amigos, los compañeros de estudio, los colegas, los habitantes en general de Mendoza -y tenemos urgencia de comunicárselo.

El homenaje faltante, al que paso inmediatamente, consiste en decirle a Roig cómo lo consideramos a él; más aún cómo lo vivimos. Lo primero: cómo lo consideramos, creo que será suscrito por todos los que estamos acá (los ausentes seguramente tendrán otra opinión). Lo segundo: cómo lo vivimos, es algo enteramente personal, pues no hay vivencias «generales» y juicios, fundados en esas vivencias generales, sino la vivencia es de un hombre concreto que vivencia. Me he elegido a mí mismo para poder hablar del cómo lo vivimos a Roig, no con la intención de contar anécdotas, sino para relatar -de un modo plástico -un pedazo de historia de la vida de Mendoza y del país: la historia de esta Facultad de Filosofía y Letras, de la que Roig y el que habla fueron alumnos y docentes.

Evacuaré el primer cómo rápidamente y me demoraré algo en el segundo. No sé si al amigo Roig le será suficiente lo que voy a decir, pero creo que, de alguna forma, voy a poder responder -en primer lugar para mí mismo -la pregunta: ¿qué nos pasa que no oímos al filósofo Roig?

¿Cómo lo vemos a Roig? Pues te vemos, amigo, como el filósofo de Mendoza. Me hubiera gustado poder decir también: *el filósofo de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNC*. Pero, esta Facultad nunca -en la actualidad menos que nunca -estuvo a la altura de Roig. Aparte de Roig no ha habido entre nosotros otro que merezca ese título. En la historia de nuestra Facultad, los demás hemos sido y somos más o menos buenos *profesores de filosofía*.

La vida pensante de Roig se inició cuando se fundó la Facultad de Filosofía y, dejando aparte los años de ausencia de Mendoza, siempre estuvo Roig estrechamente unido a este suelo y a esta historia. Es bueno para una Universidad poder decir que de ella surgió un científico, un literato, un historiador de nota. Es bueno -pero más difícil -poder decir que de ella surgió un pensador.

La diferencia entre un pensador o filósofo y un profesor de filosofía consiste en que el pensador no trasmite a los alumnos lo que otros pensadores han pensado, sino *piensa* la realidad, *su* realidad y ese pensar la realidad lo hace discutiendo con los pensadores del pasado y de su presente. Otra cosa que distingue al pensador es la coherencia en él entre teoría y praxis, entre su pensamiento y sus obras. El pensamiento es pensamiento de la praxis. En

cambio, en el profesor de filosofía - como *habla de la filosofía de otros y no la hace* -la teoría y la praxis corren por cuerda separada; mejor: el profesor de filosofía usa esta o la otra teoría para justificar su posición práctica moral, política o religiosa. Como se sabe, de las cuatro posiciones clásicas: arriba, abajo, derecha e izquierda, ha quedado una en pie, en la que todo el mundo quiere estar bien agarrado: *estar arriba*, no importa en qué uno crea, las convicciones son sólo excusas para trepar. En el sentido de la coherencia, más aún de la identidad entre teoría y praxis, la figura de Roig es ejemplar.

El mencionado Günter Mahr dice que Roig puede ser considerado como uno de los más importantes filósofos de Latinoamérica. Es imposible que me refiera ni siquiera a una de las piezas que componen el rico contenido del filosofar de Roig. Los que no han oído ni leído a Roig, preguntarán de dónde saca este filósofo latinoamericano su saber, cuál ha sido su formación, cuáles han sido y son sus intereses en el campo del pensamiento, cuáles son sus lecturas, a qué corriente del pensamiento pertenece, etc.

Brevemente: toda su vida la ha consagrado Roig a pensar la realidad latinoamericana, en un diálogo valiente -mano a mano, o sea, sin complejos de inferioridad ni resentimiento -con prácticamente todos los filósofos antiguos, modernos y contemporáneos: Platón, los sofistas griegos, los cínicos, Epicuro, Descartes, Kant, Hegel, Marx, Freud, Nietzsche, los posmodernos. Que se trata de un diálogo, discusión o confrontación franca con los europeos, lo demuestra el hecho de que Roig no se ha demorado en exponer a esas figuras, sino las junta a los latinoamericanos -pensadores, literatos, historiadores, poetas -hace dialogar a América con Europa, para ver qué podemos aprovechar de los europeos para pensar nuestra propia realidad. De entre los filósofos europeos, es posible que sean Kant y Hegel los que con más ahínco se debatió Roig. Eso del reconocimiento de nuestra valiosidad como hombres lo recibe Roig de Kant y Hegel.

Roig es, en el sentido más estricto de la palabra, un *filósofo político*. Político no quiere decir que le gusta la política o que se compromete con la política, sino que eso que llamamos *política*: la dimensión primera y última de nuestra realización como hombres, o sea, no hay vida propiamente humana fuera de la *polis*, en la que existimos unos con otros, es lo que define el filosofar del filósofo político. Filósofos políticos fueron Platón, Aristóteles, Hegel. Hay filósofos de los que no se puede decir que la dimensión política es determinante, por ej., Schelling, que más se dedicó a la filosofía de la naturaleza y del arte. Roig es parecido a Hegel (lo que explica su constante diálogo con el gran idealista), pero entre Roig y Hegel hay una diferencia: como filósofo latinoamericano no puede tomar Roig el pensamiento de la polis como la culminación de la ciencia o el saber, es decir, como eso que hay que pensar

una vez desarrolladas la filosofía de la naturaleza, del arte, de la religión, sino pensar la polis es lo primero que en Latinoamérica hay que hacer y sin lo cual no habrá una auténtica cultura que nos represente ante nosotros mismos y los demás pueblos del orbe. Podríamos decir que el filósofo político en el estilo de Roig no tiene otra salida que *pensar políticamente*. Si no lo hace, preferible hubiera sido no haberse puesto a estudiar filosofía. Un pensador en Latinoamérica sin perfil político es un fracasado o un pillo, que vive de la filosofía, aunque más no sea para comprarse libros, escribir algunos artículos, asistir a congresos, etc.

En cuanto a eso que dije, que Roig hace dialogar a los autores latinoamericanos con los europeos, para ver qué podemos aprovecharnos de Europa, hay que agregarle la otra cara de un fenómeno, en mi criterio, muy promisorio: al leer el trabajo sobre Roig del austriaco Günther Mahr, me desayuné de que en la Universidad de Viena hay una Cátedra de Filosofía Latinoamericana, en la que se estudia a Roig. Pero Roig es estudiado en otras partes de Europa por gente que quiere aprovecharse de nuestro pensamiento para ver lo que nosotros podemos aportar en estos tiempos de aparente dominio omnímodo del pensamiento científico-tecnológico oriundo de EEUU. En la reseña que escribí sobre el libro de Mahr se me ocurrió poner que es muy posible que estemos en la actualidad asistiendo a un fenómeno de vuelta de Latinoamérica a Europa, después de una venida de Europa a América. Decir que Latinoamérica puede ayudar a los europeos, esto es bueno para superar nuestros complejos de inferioridad frente a Europa.

Otra cosa que distingue al pensador y que encontramos en Roig es la recurrencia en sus escritos de una y la misma idea. El pensador elige un tema para escribir, plantea preguntas, inicia un desarrollo y cuando uno menos lo piensa vuelve a hablar de algo que uno ya había leído en un escrito anterior. ¿Cuál puede ser esa idea, ese núcleo de pensamiento, en torno al cual gira sin descanso la filosofía de Roig? La dupla *moralidad-eticidad*. Pero no tenemos tiempo para explicar nada de esto.

No quiero dejar de mencionar que, entre los méritos de Roig, está su estupenda *prosa*, en la que no hay arrebatos, golpes de efecto, puntos débiles. Roig maneja muy bien el español, es una prosa fluida, los pensamientos surgen con naturalidad. Pero es un modo de escribir recio, contundente, nada es librado al azar. Como buen filósofo, todo lo funda, si se refiere a otros autores, indica la cita, etc.

¿Cómo lo he vivido a Roig? Arturo es siete años mayor que yo. Él estaba más adelantado que yo en la Facultad. Cuando uno es joven, una diferencia de 7 años aparenta ser más grande que cuando se es viejo. Pero la diferencia con Arturo no fue sólo de edad, hubo entre ambos *diferencias ideológicas*.

Arturo aparecía frente a mí, en la vereda de enfrente. En aquella época nos rotulábamos y rotulábamos a los demás de socialistas, izquierdistas, marxistas, humanistas, nacionalistas, etc. Los profesores que tuve me ganaron para el partido escolástico -de Aristóteles y Tomás de Aquino. Todo lo que sonase a socialismo, democracia, causa popular, etc. era equivalente para mí a error, desviación moral, materialismo, negación de los supremos valores de la Verdad, la Belleza y el Bien. Automáticamente, el socialista, el marxista, el freudiano eran considerados malas personas. De entre las cosas que leíamos en Aristóteles (mejor, *de Aristóteles*, porque a Aristóteles no lo leíamos directamente -y que tomábamos al pie de la letra -había una frase que nos entusiasmaba a los aristotélico-tomistas: aquello de *amicus Plato, sed amicitior veritas*. Ser más amigo de la verdad que del amigo, del compañero de estudios, del conciudadano -eso fuimos Arturo y yo y los demás de aquella generación -daba por supuesto que nosotros teníamos la verdad y que no precisábamos del amigo para enfilarnos -juntos -a la verdad. La cosa cambió para mí -para mi bien -cuando me fui a Europa y conocí a los fenomenólogos y filósofos de la existencia. Luego volví, estudié a Kant y Hegel y compartí con Arturo la docencia en la Facultad.

Me impactó la lectura del libro de Arturo sobre Platón. Recuerdo que cuando tuve ese libro en mis manos me llamó la atención su título: *Platón o la filosofía como libertad y expectativa*. Me costaba asociar a Platón con esas dos cosas. Cada uno ha leído en los filósofos lo que en el fondo ha querido leer. Para mí entonces Platón era el filósofo que mejor me podía llevar al reino de la Verdad pura, al que por ser hombre pertenezco, pero que por haber nacido de madre y de padre, es decir, de mortales y en un punto del planeta, yo había olvidado.

Había comenzado un acercamiento, es decir, comprensión del que había estado enfrente durante años. El tiempo que vino después -los diez años de exilio de Arturo -fueron de una experiencia significativa: no estaba aquel al que hubiéramos querido decir: ¡el que tenía razón eras vos, Arturo, te comprendo y comparto tus afanes y dolores! Desde 1985, en que el amigo está radicado otra vez en Mendoza, muchas veces nos hemos encontrado, he leído sus publicaciones y, últimamente, como dije al principio, reseñé la monografía de Günther Mahr sobre Arturo. Confieso que ese escrito me impresionó y me abrió los ojos para ver lo que tardé tanto tiempo en ver.

Pues bien; en este segundo homenaje a Roig quiero decirle al amigo: ¡Gracias! Pareciera que las gracias sólo se justifican cuando entre el agradecido y el destinatario de las gracias hay una diferencia de altura. Se da gracias a Dios, a un maestro, a alguien en fin del que se ha recibido beneficios. Además, suena extraño dar gracias a otro que estudió filosofía como uno. El que tiene

la razón soy yo, no el otro, al otro se lo combate, se lo critica. A Arturo Roig no lo he vivido como maestro, sino como amigo, como conciudadano, como un igual pues, a quien por cierto -y a pesar de los años -sigo saludando y conversando con él con gran respeto y admiración.

Provocativamente voy a dar vuelta el recordado apotegma de Aristóteles, para decir: *amicus veritas, sed amicitior Arturo*. ¡Oh, qué blasfemia! Aristóteles no se mosquearía por mi osadía. Como buen griego, sabía del valor de la amistad ciudadana, sobre la que escribió en el 8° Libro de la *Ética*. ¿Por qué quiero dar gracias a Arturo? Por lo que recibí de él. Y esto es esa parte de la verdad que -sin él- nunca habría visto. No digo: nunca habría conseguido, porque esa parte de la verdad sé que no la voy a lograr -me quedan pocos años para esto. Esa parte de la verdad la avizó Arturo desde muy joven, pero ahora la tiene como premio a una lucha leal, valiente, por la verdad.

Para mí no se trata de lamentaciones, de arrepentimiento y pedir disculpas, sino de una lúcida mirada a lo que uno ha llegado a ser en la vida. Lo que me falta y le debo a Arturo es reconocerme como latinoamericano. Nunca he dicho: *nuestra América*, ni tampoco *mi patria*, hablando de Argentina. Habrán notado que un mejicano, ecuatoriano, boliviano en el extranjero habla de su país con toda naturalidad como de su patria. El lenguaje abstracto, cosificado: *este país* -tan común entre nosotros - cuando hablamos de nuestra patria, es claro índice de nuestra alienación, o sea, no me reconozco en mí mismo, sino que me veo frente a mí, como si eso no fuese yo. Lo más grave en el fenómeno de la alienación -esto lo saben los psicopatólogos - es que ese extraño para mí que soy yo mismo, es un enemigo mío que me reprime, me persigue y no me deja ser lo que yo soy. Este país -al que le echamos la culpa de nuestros infortunios -es el *poder establecido*. El por qué muchos de nosotros no se ha animado a atacar el poder establecido es un fenómeno sumamente complejo, no imputable a la moralidad meramente privada. Estar alienado no quiere decir ser mala persona, ser incorrecto, en el sentido corriente de la palabra. Los alienados son, al contrario, generalmente *buenas personas*, un dechado de virtud. Que están alienados lo demuestra el hecho de que con su conducta ejemplar se sienten justificados para agarrarse con uñas y dientes del poder.

La moralidad -más profunda y, por eso, más difícil de alcanzar -que no se acomoda con el poder, sino que lo ataca, lo resiste, lo critica, es lo que llama Roig *moral de la emergencia* o *emergente*, que él la ve aflorar en muchas expresiones -literarias, artísticas, historiográficas, religiosas y filosóficas de la vida de Latinoamérica, desde la segunda mitad del s. XVIII. La filosofía latinoamericana de Roig es más que una reflexión -desde afuera- de los movimientos emancipatorios en América Latina, es un acompañamiento codo a codo a todos esos millones de hombres que pugnan por el reconocimiento

de su dignidad, una ayuda para ese acto decisivo -constitutivo de la humanidad, que hace al hombre *ser hombre* -que somos, como individuos y como pueblo, valiosos, absolutamente valiosos, o sea, no podemos (no debemos) ser rebajados a la categoría de medios para otro fin.

¿Puede haber un humanismo mejor? ¿Por qué le tememos al humanismo? ¿Por qué nos asustan palabras como: protesta, crítica, resistencia? El verdadero humanismo - es cierto - es temible. Los poderosos le temen porque cuestiona su poder y los sometidos le temen porque el humanismo es anuncio de crecimiento, de ser más de lo que uno es, de libertad, o sea, de una existencia apoyada en sí misma, dueña de sí misma, autora de su propio destino. El miedo del humanismo es el miedo de la libertad.

Amigo Arturo: que seas muy feliz junto a tu esposa y tus hijos. Nos alegramos mucho por esta designación como Profesor Emérito.

Mendoza, enero de 2003

de la dignidad, una vida esta es lo decisivo -constitutivo de la humanidad que hace al hombre ser hombre- que somos, como individuos y como pueblo, valores, absolutamente valores, o sea, no podemos no debernos ser nosotros a la categoría de meros para otro fin.

¿Puede haber un humanismo mejor? Por que le tenemos al humanismo? Por que nos sentimos atraídos como protesta, crítica, resistencia? El verdadero humanismo - es claro - es también, los poderes de la razón porque cuestiona su poder y los sometidos lo tienen porque el humanismo es anuncio de crecimiento, de ser más de lo que uno es, de libertad, o sea, de una existencia apoyada en sí misma, fuera de sí misma, fuera de su propio destino. El miedo del humanismo es el miedo de la libertad.

Artigo Anuro que nos trae feliz junto a tu esposa y tus hijos. Lo agradezco mucho por esta designación como Profesor Emérito.

Mendoza, enero de 2013